

«Antes del atardecer»

El muchacho de treinta y pico, yanqui, aparece presentando su libro en una librería de París. El libro narra la historia que este muchacho había vivido 10 años antes, con una bellísima muchacha parisina, en Viena.

Aquella historia vienesa es la que se cuenta en una película de hace 10 años, "Antes del amanecer", que nos conmovió a mí y a mi mujer –Daniela- cuando la vimos en Buenos Aires en el '94, en los tiempos en que iniciábamos nuestra insondable aventura en los territorios del matrimonio.

"Antes del amanecer": film memorable, de un amor joven, ideal, intenso, verdadero y fugaz.

Historia que todos quisiéramos vivir, y que todos vivimos alguna vez, aunque sea en una noche perdida de luna llena, a orillas de un lago, en un remoto campamento adolescente.

Aquella película trataba de la fugacidad del encuentro puro de dos almas bellas, de dos almas gemelas, ajenas al desgaste que provoca una convivencia prolongada.

"Antes del atardecer": el joven escritor treintañero está casado con una maestra jardinera, tiene un hijo, está presentando el libro que lo narra a él mismo como adolescente tardío, viviendo aquella noche mágica, en la que se entremezcló lo más auténtico de su ser con el de la bella parisina.

Y entonces ella aparece en la librería, ella aparece en París.

Y él sale a su encuentro.

Y van juntos a perderse por las calles de la ciudad. Y hablan, hablan sin parar.

Al principio el diálogo es incómodo, un poco tenso, un tanto superficial. Ya no son los mismos.

Él aparenta ser un tipo afortunado, un joven escritor exitoso. Ella, una suerte de asistente social consolidada en una profesión que ama. Pero de a poco, en forma lenta y apenas perceptible, la conversación se va ahondando, como por capas sucesivas, hasta niveles cada vez más profundos.

Entran a un café; él dice: "en Estados Unidos no existen bares como estos" (y yo pienso, orgulloso, que en Buenos Aires sí existen). Están un rato en el bar, luego él propone seguir caminando por la ciudad de las luces, por la ciudad de 1789 y de 1968. Suben a un bote que los lleva a la deriva por el Sena, siguen hablando y hablando, toman un remís que los deja en la puerta del departamento de ella. En el intercambio incesante de palabras se van mostrando el uno al otro sus fisuras, sus heridas, sus fracasos, sus sueños incumplidos. El más puro aparecer de lo humano entre estos dos seres frágiles y hermosos resulta cada vez más estremecedor. Sin entender exactamente por qué, sin que nada espectacular suceda en la pantalla, yo me siento embargado por una profunda emoción. El arte –pienso-, el verdadero arte, el verdadero cine cuando se convierte en arte, nos ayuda a encontrarnos con la más nítida comprensión del dolor humano.

Ella le pregunta si ahora que está viajando por Europa, presentando su obra, logra disfrutar intensamente cada momento. El contesta rápido, sin dudar, contundente: -No.

Terminan en el departamento de ella. Llegan subiendo lentamente las viejas escaleras. Ni ellos ni nosotros, los espectadores, sabemos qué va a suceder.

Él le pide a ella que le cante una canción (ella había compuesto varias canciones en los últimos años). Ella, tímida, acepta. Toma la guitarra y canta. Canta un vals que le había compuesto a él hacía mucho tiempo.

La escena es sublime. Él, ella y nosotros quedamos como suspendidos en un instante atemporal. El, ella y nosotros somos, es ese instante, jóvenes plenos: no necesitamos nada más, estamos tomando la Bastilla, estamos en un campamento alrededor de un fogón a orillas de un lago, estamos entre los adoquines del mayo francés, o perdidos en algún tren de Europa.

Ni él, ni ella, ni nosotros sabemos qué va a pasar después. La película, simplemente, termina.

Yo vuelvo a mi casa. Mi mujer va a ver la función siguiente del film. Nos turnamos para cuidar a nuestra hija. Es viernes por la noche.

Cuando mi mujer vuelve, también ella está emocionada por la película.
Intercambiamos algunos comentarios. Nos miramos.
Pareciera que pensamos en estos 10 años de matrimonio.
En todo lo que del idílico encuentro viene perdura en nuestra relación, y también en lo imposible y en lo perdido.
Pensamos además en la necesidad con que la aspiración de lo imposible y lo perdido nos constituye y nos hace a todos, de alguna u otra manera, habitantes eternos de una noche de Viena, antes del amanecer.

Buenos Aires, 30-10-04